



Ante la presencia eterna del maestro

Lauro Ayestarán falleció en Montevideo, el 22 de julio de 1966.

DIFÍCIL, más que difícil resulta tratar de encerrar en unas pocas frases una semblanza física y moral y que esas palabras nos den la medida exacta de la personalidad que queremos delinear sin quedarnos cortos, sin abusar de lugares comunes y de adjetivos y tratando de mostrar "eso" de imponderable que como un halo rodea a ciertos hombres y que es totalmente imposible de traducir al lenguaje hablado o escrito.

Ayestarán fue un investigador, un estudioso, un trabajador infatigable pero, ante todo fue un hombre, un cristiano, un sembrador, cuya vida parecía guiada por lo que Platón enunciara en el "Gorgias" cuando nos dice: "la creación del hombre más auténtica es aquella por la cual él se constituye a sí mismo como valor moral".

Pues la profesión de hombre "la profesión universal" que decía Guyau es, indudablemente, la más difícil de las profesiones, más aún cuando debe compartirse con la profesión del creador y del científico. Guardar el equilibrio entre una y otra significa una voluntad y una autodisciplina admirables y el caso Ayestarán es, posiblemente, uno de los pocos y asombrosos casos en que ese equilibrio fue mantenido incólume hasta el último momento de su vida.

El problema de la vocación para Ayestarán no fue problema, fue un don innato, él nació investigador, así como se nace con determinado rasgo físico o en determinado lugar geográfico, con todo lo inherente a esa disciplina tan hermosa y penosa, a un mismo tiempo. La modestia, el sacrificio, la paciencia evangélica para saber esperar y la inteligencia de saber cuando se ha llegado, la honestidad profesional, la dis-

ciplina y el orden, la valentía para enunciar la verdad, la caridad hacia los errores ajenos eran los eslabones de esa incesante cadena de su vida que iba corriendo. Siempre estuvo perfectamente ubicado en su lugar y en su época, sin añorar lo que fue o lo que vendría, sin manifestar resentimiento o queja frente a situaciones que hieren y que quedan doliendo y con una sobriedad que llegaba en muchos casos al estoicismo para mantener ese maravilloso equilibrio entre el hombre de hogar, esposo y padre y el musicólogo. Para que el mismo no se rompiera, para que la intensa alegría de un libro comprado luego de larga búsqueda no fuera el motivo que cambiara la sonrisa de un niño ante un juguete por las lágrimas de la desilusión al no tenerlo, hizo los más grandes sacrificios.

Bien es cierto que tuvo la familia que merecía y en especial su esposa, una compañera tal vez como pocas para ese tipo de hombre, que supo ayudarlo en el sentido más amplio, que supo cuidarle el aislamiento de su escritorio cuando lo necesitó y que matizó con optimista alegría y con risas hasta sus momentos más difíciles.

Desde los lejanos días en que con su pesado grabador de discos a cuestas comenzó la labor de recolección folklórica por los caminos del país hasta hace apenas dos años, su labor fue intensa y sin pausas. Trabajo tras trabajo pasaron por sus manos y a cada uno dedicó todos sus afanes desde el primer Zipoli hasta su último gran amor el "Cancionero infantil", fuerop desfilando la "Música en el Uruguay", la "Crónica de una temporada musical en el Montevideo de 1830", "La música indígena", "Luis Sambucetti", "El centenario del Teatro Solís", "El minué montonero". "Las fuentes para el estudio de la música colonial uruguaya", entre muchos otros, sin contar sus trabajos periodísticos y las obras en colaboración.

Muy difícil nos sería recordar a Ayestarán sin verlo en su mundo, en su biblioteca, entre las altas paredes tupidas de libros, en medio de los cuales se ubicaba un sobrio y pequeño crucifijo como presidiendo un templo. Y al fondo su mesa de trabajo con un óleo de Santa Cecilia en lo alto, y su piano negro, y su tocadiscos y sus grabadores y su máquina de

escribir y a un lado, bajo las ventanas, altos de copetas color naranja, pilas y más pilas ordenadas como amorosa prolijidad, que tocaba con mano acariciadora como algo muy natural, como un hijo más y que era el "Cancionero infantil", fruto de muchos años de estudio y de serias y concluyentes investigaciones, y que está inédito aún.

Y hemos sido muchos los que llegamos, en tantas ocasiones a ese escritorio en busca de un consejo, con tantas dudas, con tanto desánimo a veces, y salimos renovados con la alegre tranquilidad de saber la verdad sobre algo, luego de mucho tiempo de charla, tiempo preciosísimo que habíamos robado a esa vida que se iba quemando y que usurpamos en una inconsciente satisfacción. Ese era el Maestro, allí, en la clase, en cualquier momento, que daba todo de sí mismo, sin límites ni medida, guiando con severa firmeza en vuelta siempre en una gran dulzura, en una semisonrisa, todo generosidad, llevando su pesada cartera llena de libros, de discos, de rollos de cinta grabada, explicando si era necesario cien veces una cosa con los mismos modales, con el mismo timbre de voz tan característico, tan convincente, con la misma amabilidad.

Y sus clases, sus conferencias, sus escritos de estilo pulido, ágil, cuidando extraordinariamente el lenguaje, encontrando el vocablo exacto pero sin rebuscamiento, con sencillez, con la elegancia despreocupada del purista, del que domina un idioma y juega con él.

"Músico soy y nada de la música me es ajeno", era una frase que solía repetir a menudo y tras de la cual se enfascaba en el asunto que podía parecer más insignificante pero que, sin embargo, encerraba en su pequeñez algo importante, una fecha, un dato, un nombre. Y no sólo lo musical, todo, en el arte, en la vida, en la ciencia, tenía para Ayestarán el valor ecuménico, el tiempo para dedicarle; su cultura humanística era vastísima y realmente llegaba a veces a asombrar lo que podíamos llamar su sabiduría, su capacidad de trabajo, su memoria prodigiosa, su interés por todo y por todos, pues para Ayestarán no había nada que no mereciera la atención, no había hora del día que estuviera yacía. Cuando ya la noche lo alejaba de su mesa de trabajo, en su dormitorio tenía como último confidente unos papeles sujetos a una tablilla; allí se encontraban apuntes sueltos, pensamientos de hondo sentido filosófico a veces, otras una dedicatoria para un libro o una frase o una idea nueva surgida al pasar o el comienzo de un trabajo sobre un nuevo concepto de la tradición... su mente no descansaba nunca, como presintiendo un repentino fin.

Ahora, infortunadamente, su palabra ha callado, nuestro interrogante no tiene ya respuesta y muchos somos los que sentimos en lo hondo esa terrible orfandad, ese desamparo espiritual.

En estos momentos cuando estamos algo recobrados de la penosa sorpresa y nuestro dolor ha perdido la violencia de la rebeldía para hacerse más sereno, pero también más hondo y lacerante, viene a mi memoria una frase definitiva que utilizó el propio Ayestarán cuando en la mesa redonda del II Festival Latinoamericano de Música, en marzo de hace dos años despedía, a su vez, a Carlos Vega, su preclaro maestro sin pensar que a pocos meses lo seguiría el discípulo. Y parafraseando sus palabras de esa ocasión decimos ahora: No es lugar común, ni generoso y perdonable entusiasmo postrero de sudamericano decir que la muerte de Lauro Ayestarán despoja a la musicología universal de una de sus mentalidades más robustas, más audaces y más lúcidas.

A pesar de todo esto y por obediencia y por veneración al maestro que tal vez nos contemple pensando, al igual que Próspero cuando se despedía de sus discípulos: "Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo y más aún, en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra", es que tenemos la obligación de seguir adelante, de seguir investigando, único modo de que esa labor se prolongue y se transmita, y de vencer a la muerte que sólo ha truncado lo físico y lo temporal.

Para que ese esfuerzo dé sus frutos, para que esa continuidad subsista a modo de resurrección y para corroborar que la obra, al igual que el alma, es inmortal, sólo nos resta, para honrar con dignidad el lugar duramente conquistado por Ayestarán, enfrentarnos a su memoria y en un simbólico brindis póstumo decirle, al igual que los discípulos a Gorgias: "Maestro, por quien te venza, con honor, en nosotros".

Y que la fe y la esperanza coronen nuestros deseos.

Susana Salgado
Especial para EL DÍA